



HISTORIAS FEMENINAS

DE LA BAHÍA Y LOS CERROS
DE MALDONADO

ADRIANA SARTORIO PONCE

Editadas por Julio César Duarte Ponce

Ilustradas por María Clara Pacheco

Un acercamiento a historias de mujeres reales que vivieron hechos de su tiempo, recreados desde la imaginación y el deseo y plasmados en relatos e imágenes que develan el hechizo de un cuento.

Historias femeninas

Maldonado, marzo de 2022

Correctora de estilo: Sara Pacheco Carve

ISBN 978-9915-41-620-5



9 7 8 9 9 1 5 4 1 6 2 0 5

Presentación

Historias femeninas surge de la fusión de la pintura y la escritura. Aprendí a escribir hace poco tiempo, mientras María Clara pintaba desde el vientre materno. Este es un proyecto de diálogo entre madre e hija, donde lo importante es el encuentro, presentado a través de pequeños fragmentos de historias de vida que comienzan en el 1500 y llegan a tiempos recientes.

La historia es así, puede dar saltos gigantescos y presentar acontecimientos que dan vida a personajes que habitaron o simplemente pasaron por este lugar dejando huellas de sus pensamientos. Estos hechos pueden materializarse a través de encuentros, con el mar, con la naturaleza en su estado puro, transformando el entorno para volverlo habitable y pacífico, buscando lo justo y lo bello.

Nací en Cerro Largo, lugar donde la polvareda que levantan las patas de los caballos que transitan por los caminos de tierra y las ruedas de los transportes parecen dejar huellas de revoluciones que no claudicaron, dejando a su paso una estela donde no siempre se puede ver con claridad el camino, por la nube que cubre el horizonte y lo torna incierto.

Ese manto de niebla y tierra que cubre los cerros largos torna el paisaje impredecible y terco. En las fronteras parece que todo siempre está naciendo, mientras los pueblos se mecen como siluetas olvidadas. Será por ello que los personajes de esa tierra reclaman con versos sinceros. Hay claros ejemplos: la voz de Juana Fernández tiene plena vigencia.

En Maldonado alguien sabio me dijo: “usted no puede trabajar aquí si no conoce la historia de este lugar”. Esa apreciación me tomó por sorpresa, pero nada más cierto. Hay que conocer la historia, la cultura, la idiosincrasia de un territorio y su pueblo. Sigo gratamente en el intento.

Maldonado —además de bellezas naturales— tiene una estética que lo caracteriza: la belleza de los personajes que lo habitaron, que le dieron vida, que dejaron huellas y que siguen vivos a través del tiempo; todos ellos pueden ser efímeros, pero su anonimato los torna imperecederos.

Con el tiempo fui investigando el territorio, sus ciudades, sus barrios, sus costas, sus cerros. Pero nada me cautivó tanto como las mujeres que lo habitaron, que hicieron de su vida cotidiana la historia viva del pueblo.

Cada una de las mujeres que fui descubriendo eran personajes singulares, muchas de ellas anónimas, otras épicas, algunas, verdaderos bastiones de los

barcos en los que navegaron o cimiento de las construcciones y comunidades donde residieron. Más de una ocupó un discreto segundo plano al lado de sus esposos, fueron ellos quienes se destacaron, pero, sin lugar a dudas, creo que fueron ellas quienes dieron el impulso a sus obras. Seguramente fueron las que sostuvieron cada uno de sus proyectos.

Todas reflejan una inagotable fuente de sucesos, de acontecimientos increíbles. Muy lejos de ser invisibles o de sumergirse en el sometimiento de su tiempo, desterraron soledades, fueron rebeldes y polémicas. Generosas. Estoicamente valientes, dejaron hechos que reflejaron su pensamiento, sus sentimientos y su intuición para predecir un tiempo nuevo.

Por ellas hago reverencia a su recuerdo. Para ellas va el reconocimiento. Es solo la punta de una madeja de múltiples historias, que se seguirán tejiendo, entre todas y cada una de las mujeres que habiten este lugar del universo, como un hilo que une una guarda de estrellas que forman constelaciones para sostener el cielo, para marcar el camino de los que vendrán. Todos necesitamos de todos; este trabajo da fe de ello.

El presente libro es básicamente un acercamiento a historias de mujeres reales que vivieron hechos de su tiempo, recreados desde mi imaginación y deseo, plasmados en relatos e imágenes que develan el hechizo de un cuento.

Ana Gasquén

Estabas decidida, ese sería el día. La madrugada estaba oscura, apenas asomaban algunas luces; miraste el cielo por la ventana y viste que por fin amanecía. Los papeles estaban prontos, redactados en prolija caligrafía. Tu cuerpo por momentos se sacudía, mientras te decías: “Puedo hacerlo, seré dueña de mi vida”.

Querías estar presentable, ser más blanca que nunca. Tu pelo ondulado se rebelaba, pero, cuando le pasabas la mano y lo acariciabas, cedía. Necesitabas de la complicidad de tus entrañas y de la fuerza del misterio de escuchar la voz de Dios cuando entra en sintonía.

Partiste por la calle polvorienta hasta llegar a la esquina donde se veía el edificio de la Comandancia: esa construcción inmensa y rosada paralizaba a cualquier optimista. Más adelante se abría una puerta sobre la vereda empedrada; la gran arcada se tornaba gigante, de dimensiones desproporcionadas, frente a tu presencia ensimismada.

Pero en ese instante tu cuerpo cobró vida, tu cabeza erguida hizo que el ingreso al Cabildo de Maldonado no tuviera medias tintas. Tus pisadas avanzaban, no sentías los bordes de tus zapatos rozando sobre la piel que te hacían heridas.

Primero el secretario del doctor, le siguió el alcalde que oficiaba de juez de paz, luego el general; todos ellos leyeron tus documentos y opinaron sobre lo que querías.

En una bolsa de lino escondida entre tu ropa portabas pesadas monedas, las que tu propietario exigía para aceptar la compra de tu libertad. Era inusual que una esclava reclamara a su amo, sin argumentar lo que hacía.

Para retrasar la partida, el amo dijo que el proceso no era de justicia, que lo que había pagado por ti eran trescientos pesos, lo que no condecía con el valor de las monedas que presentabas. El valor del cambio era diferente, en Tenerife el peso valía más que en Uruguay; el precio no le convenía.

El alcalde consultó al general, quien contestó en los siguientes días. Estampó su firma aquella tardecita de noviembre mientras corría 1818. Con escasas palabras dijo: “No habiendo ley sancionada, pero, en atención a los intereses del sistema libre y democrático, póngase en libertad a la criada para que goce de sus derechos naturales”. Firma: José Artigas.

Eres huérfana de padre y madre. Tu madre de crianza te vendió. Tu amo te quería; decía que tenía la escritura de tu compra desde que tenías doce años. Con trescientos pesos compraste tu libertad, siempre con la cabeza bien erguida. “Ana Gasquén, eres libre”, te dijiste. “¡Tienes el mundo por delante, te quedan algunos pesos todavía!”.

Basado en *Escritos para una historia de Maldonado y apuntes literarios* del profesor Alfredo Chiossi Savoia, selección realizada por la profesora Adela Lladó Cabrera. Intendencia de Maldonado, Dirección General de Cultura, Centro de Documentación Histórica, Unidad de Patrimonio, 2015.



Julia Rodríguez

Luis Carlos regresó de la escuela e ingresó por la puerta principal de la casa donde vivía su abuela Julia. Avanzó por el pasillo del lado izquierdo, que conducía hacia el comedor-cocina. Dejó el portafolio sobre una silla, se sacó la túnica blanca y dejó caer la moña azul oscura, que lucía nueva y desprolija por las correrías con amigos a la hora del recreo y la salida.

Se lavó las manos con jabón perfumado Alma de Flores, luego se secó con una toalla recién colgada. Se dirigió a pasos atropellados hacia la mesa del comedor, donde lo esperaba un mantel de color blanco, flanqueado por una jarra de chocolate caliente, pronto para ser servido en las cuatro tazas de porcelana con sus respectivos platillos de arabescos amarillos y cucharitas de alpaca.

Era otoño, hacía frío, corría el año 1973. Los tres hermanos se sentaron a esperar la merienda. Cortaron el pan y la galleta, los untaron con manteca y mermelada casera. Hablaron de muchas cosas y de nada, todos a la vez. Hablaron de la escuela, de los amigos. Doña Julia los observaba seria, por momentos esbozaba una sonrisa cálida, casi escondida, con la ternura del amor de abuela. Su prosa era inteligente: conducía la conversación en la mesa hasta que los niños pensarán, razonarán, debatieran y, si era necesario, la interpelaran.

Los deberes no les preocupaban, se resolvían solos; tenían base para ello y ellos lo sabían. Había risas. Las conversaciones de la tarde seguían con preguntas y respuestas divertidas. Los hermanos jugaban y comían con algarabía, igual que en las horas de una clase entretenida. La abuela conversaba y les hacía preguntas que parecían un juego, los educaba con sabia pericia.

Doña Julia se levantó de la mesa con su porte grande, segura de sí misma. Su pelo blanco, sus zapatos oscuros y su vestido sobrio la definían como mujer seria y austera. Organizó la loza, habló dos o tres cosas, recorrió la sala con la vista, y guardó el portafolio escolar que Luis había dejado sobre la silla. Mientras avanzaba en las tareas, ordenaba y colgaba las túnicas blancas.

Las historias, igual que el chocolate, estaban sobre la mesa. Los tres hermanos viajaban en las páginas de los libros que su abuela les presentaba cada semana. Los libros los llevaban por lugares increíbles: soñaban con ser grandes y recorrer el mundo; atravesarían mares, llegarían a países desconocidos. Subirían a barcos y trenes, surcarían los cielos, escalarían montañas y desiertos. Maldonado siempre sería el puerto de partida y de llegada bienvenida.

Sobre la mesa de la tarde esperaba un libro hermoso, de tapas duras coloridas, casi nuevo; tenía el aroma inconfundible de las páginas que te invitan a ir lejos. Doña Julia habló decidida: había que llevar ese libro a la biblioteca que ella misma había fundado. El edificio estaba en el otro extremo de la ciudad. Había que hacer ese mandado de inmediato; atravesar la plaza, bordear la iglesia, caminar varias cuadras. Era una larga travesía para un niño de pisadas contadas, distraído en sus pensamientos de múltiples historias fantásticas.

Luis no tenía problema en responder a un pedido de su abuela, su problema era otro: la muda de ropa que tenía estaba lavada, faltaba un buen rato para estar lista. La abuela le alcanzó el deportivo azul con rayas blancas a los lados, y los zapatos de suela, un poco gastados de andar y correr jugando a la pelota. El atuendo no combinaba para nada, sintió algo de vergüenza. Pero su abuela le dijo: “El equipo deportivo está limpio y los zapatos impecablemente lustrados. Jovencito, usted está correctamente vestido. Este libro debe llegar a tiempo a las manos de otro niño que lo necesita. La lectura, como luz que guía, debe llegar a todos, y por sobre todo debe ser oportuna”.

Ella hablaba y organizaba sus tareas de manera rigurosa y planificada. Pensaba en voz alta: “cuando yo no esté, no vendan esta casa; ahí enfrente será el Centro de Justicia. Lo digo por si alguno de ustedes quiere estudiar abogacía”.

Pasaron días, pasaron años, pasaron décadas.

En la calle Florida 871 está la casa de doña Julia, allí luce sobrio y referente el estudio jurídico de la familia. Está ubicado exactamente frente al punto donde se encuentra el edificio gigantesco del Centro de Justicia. Doña Julia Rodríguez no solo educaba, también predecía.

La señora soñó y creó: dirigió escuelas, fundó magisterios y bibliotecas. Fue maestra, fue madre y fue abuela. Trabajó para que sus juegos de niña, donde practicaba ser maestra, se cumplieran. Sus hijos, sus nietos, sus bisnietos, sus alumnos son todos hijos de una escuela de puertas abiertas, para todos por igual, para todos...



Rosita Garramón

—Buenos días, Ernesto, ¿cómo durmió?

—¡Excelente, doña Rosita! Dormí toda la noche, como un angelito.

—Me alegro de que así sea. Seguro viene cansado de tanto viaje.

—Sin dudas, doña Rosita, estoy exhausto, tengo mucho camino andado.

—Pero tiene buen semblante, se nota que está contento.

—Como para no estarlo, en Uruguay me siento como en mi casa.

—¡Está pronto el mate amargo! Se lo alcanzo.

—Muchas gracias. No sabe cuánto extraño saborear un amargo. Me voy a instalar debajo del ibirapitá mientras espero que llegue su marido de la caminata matutina.

—Como guste, Ernesto, ¡siéntase en su casa! Como dice Eduardo: “con sencillez republicana”. [Risas]

—Esta tarea de ministro no me da tregua. Necesito pensar. Voy a meditar. Seguramente me inspiro en mi encuentro con el espíritu revolucionario que vive en el mate amargo.

—El Foro comienza a primera hora de la tarde, sería bueno que descansara. Yo también estoy contenta con el encuentro del Consejo Interamericano de la OEA, nuestro país será un lugar de reunión de pueblos hermanos.

—Sin dudas, doña Rosita, sin dudas... La convido con su mate, y me voy para la sombrita de los árboles.

—Mateando y proseando, la rueda de la vida va girando.

Presunto diálogo entre doña Rosita Garramón de Haedo y Ernesto Guevara de la Serna en la Azotea de Haedo. Maldonado, Uruguay, invierno de 1961.



Juana Fernández

Juana visitó La Mansa en diciembre del año 1955. Puso sus pies descalzos sobre la arena y sintió correr el frío. La brisa acarició su mirada traviesa. Colocó las manos sobre sus cejas, miró lejos, enceguecida, buscando la sombra sobre sus párpados y las cubrió con nubes gigantescas.

Respiró profundo y habló: le preguntó al destino dónde nacemos. Como quien ingresa al portal del tiempo, invocó al viento a un encuentro incierto. La virazón le respondió en fragmentos, dividida entre fuerzas del este y el oeste, diluida entre risas y cuentos.

La arena caprichosa le rozó la piel y en una caricia exfolió las asperezas del viento. Entre sus dedos esculpidos de escribir poesías, zigzagueó y formó un hueco. Armó un verso en el sendero, lo guardó en el cuerpo de los cerros. Su voz se prolongó entre el horizonte recto e incierto.

Navegó en la corriente del encuentro, inhaló iodo y sal, entre el río de agua dulce y el océano. Desde un respiro, exhaló lento, despertando moléculas escondidas bajo el firmamento. Entre gotas de bruma y agua, tejió un misterio en el vientre de la silueta costera, dibujado por hilos de gaviotas solitarias y teros.

Jugó con sus dedos entre piedras, caracoles y pecios. Engarzando en un hilo, enhebró perlas oscuras y blancas, recogió del suelo un retazo del vestido. Bordó un manto rugoso con algas y pastos. Sobre la arena mojada lo ofrendó al sol, que se marchaba despidiéndose entre la cadena de cerros.

Con su mirada larga y distraída entre veleros, acarició la cresta de una ola. Susurró en el viento y, cuando cobró fuerzas, en una exhalación destiló una oración que perfumó la orilla y fue renaciendo entre pétalos azul pético.

Juana dio un suspiro que acunó el sol desde el momento de su nacimiento. Nació como Juana de América.

Juana visitó San Carlos, Maldonado, en diciembre de 1955. La autora infiere que visitó la Playa Mansa.



Carmen Ruiz

Carmen era argentina. Cuentan que no era ni linda ni fea. Su porte impresionaba como una estatua griega. Con la resolución de su mirada, cautivaba a quien se le acercara y derrocaba a quien la interpelara.

Esta mujer impresionante desafiaba los principios de su época. Un día de 1929 se presentó con capa y sombrero en la empresa La Industrial de don Francisco Piria, con la apariencia de una vendedora inusitada.

Era una época en que se conminaba a las mujeres a quedarse en sus casas; solo podían salir acompañadas y con la cabeza cubierta. Estaban relegadas a bordar, coser, dibujar o tocar el piano en las salas de espera de sus respectivas residencias. Carmen se animaba: paseaba, viajaba y decidía con quien conversar.

Vestía elegante, usaba faldas largas, diseñadas con sedas y encajes. Manejaba cifras siderales para hacer sus encargues de diseños europeos. Tenía un estilo sobrio y refinado. Donde pasaba dejaba su aura y una estela de presencia inapelable.

Llegó hasta el Teatro Solís y atravesó la vereda. Ingresó en un edificio de construcción colonial. Avanzó, y tras el palier se instaló en una habitación privada. Se quitó ceremoniosamente el sombrero, los guantes y las botas acordonadas. Sacó de entre su falda un arma, un revólver negro. Luego lo depositó en el probador de la modista. Las ayudantas del taller miraban la escena aterrorizadas. Mientras se probaba sus flamantes trajes, de organza y gasa italiana, contaba las palabras que le quedaban.

Esa misma arma era la que utilizaba para encabezar las juntas de la empresa que lideraba. En los debates económicos, Carmen no se amilanaba, dejaba su revólver encima de la mesa y comenzaba a debatir con vehemencia sobre inversiones magnánimas. En los documentos firmaba como Carmen Piria, apellido que le fue heredado por antonomasia; en sus poemas impresionaba como un seudónimo de escritora afamada.

Sus pisadas de tacos de nácar todavía resuenan en las galerías del Palacio de Justicia. Mientras su prestancia se entrelaza con el ruedo de sus vestidos. Entre los balcones del templo del Argentino Hotel se sostiene su mirada.

La leyenda sobre esta mujer deja la duda sobre la relación o el parentesco. No se sabe si Carmen era hija o enamorada de Piria. Fue reconocida como hija en su último testamento, y el dilema resuena en las postrimerías de una etapa inédita, generando polémicas e intrigas, hasta que cae el sol dentro del cáliz de la rambla de Piriápolis.



Ángela Portillo

La Sierra de la Ballena impresiona como una roca prominente que se extiende desde el mar hasta la Sierra del Carapé y prosigue hasta la Cuchilla Grande, atravesando el Uruguay.

En el desolado páramo se esconden grutas solitarias, que sirven de refugio a los murciélagos vampiros, a colmenas de abejas y arañas milenarias. Los helechos gigantes bordean las puertas de piedra, entre musgos y líquenes. Las cavernas son bordadas por un hilo de agua, que danza entre iones y átomos de arena salada.

La construcción colonial quedó desnuda en la montaña, haciendo frente al Río de la Plata, con el Atlántico a su espalda. El viento se metió en la edificación señorial destruyendo la certeza y la calma que allí reinaba. La vida diaria en esa sierra pelada era una tempestad de alta mar.

Corría el mes de marzo de 1900 y doña Ángela plantó semillas que dieron raíces para sostener la tierra. De las semillas nacieron árboles que poblaron bosques. Desde las entrañas de minerales subterráneos, brotaron corrientes de agua y surgieron cañadas. La señora plantó camelias y orquídeas cerca de los ventanales de la casa para mantener la esperanza.

Alguien le dijo: “Es una utopía plantar en Punta Ballena”. Ella lo miró y siguió como si nada. Su marido, don Antonio Lussich, al ver los frutos de una mujer sabia, la imitó y compró libros de botánica. Mientras recorría los senderos que doña Ángela dejaba a su paso, el caballero soñaba en grande, al ritmo del trote del caballo que montaba, acompañado por un ejército de empleados.

En el mes de marzo de 2020, esa roca gigantesca que coronaba la casa volvió a estar desierta y desolada, sin presencia de la vida humana. Mientras tanto, por los senderos del bosque avanzaban los lagartos, las arañas y algún pájaro solitario que emitía presagios de incertidumbre y desgracia.



Matilde Rivero

“Esta vez se te fue la mano, Matilde”, me dije. Apenas levantada, deposité mis ojos en mi cara lavada, reflejada en el espejo cómplice. Me sentí observada en mis desmanes a través de mi mirada perturbada. Mi rostro no lucía tan bien como otras veces, pero era el que Dios me había dado y con el que debía enfrentar aquel día, que se ofrecía para ser vivido con ganas.

Me peiné con el moño acostumbrado, busqué darle forma a mi cabellera desordenada, pero nada me sentaba tan bien como tener un proyecto nuevo, en una nueva oficina. Eso sí que sonaba grandioso; siempre había trabajado bajo el sol, enredada entre la arena salada y el agua de mar, pisando rocas, arrastrando barcas, pescando y hasta maniobrando una lancha. En esa época el viento arrastraba y barría la arena que golpeaba.

Más de una vez mi vestido quedó bordado con mejillones y algas. En una ocasión hasta me hice una corona de caracoles y junquillos. Jugaba a parecer una reina que asomaba en la playa. Mi cuerpo era fuerte, soñaba con ser una dama, pero no siempre las circunstancias me acompañaban.

Mis labores cotidianas comenzaban al alba, el gallo me despertaba, la vaca y el ternero también me llamaban. Mis noches de luna llena, cuando soñaba, se veían interrumpidas por algún despertar abrupto: por el sonido ensordecedor de algún rugido o por algún grito que despabilaba hasta los muertos que en paz descansaban en la isla frente a nuestra casa.

La hora del desayuno de los niños se avecinaba, ese día parecía que todo se apuraba y que no había nada en orden en la casa. Mi vivienda era un pequeño refugio de paredes de madera y techo de chapa. Estaba encajada en una zona rocosa entre las dunas, pero era el lugar donde quería estar y desde donde podía ver la salida y el ocaso del sol con un simple giro.

El sol marcaba a mediodía las horas del encuentro entre el Río de la Plata y el Atlántico. Desde mi ventana podía ver cómo se abrazaban y bailaban las olas. También podía intuir cuando las nubes rompían en llanto por una barca hundida o por un naufragio sin rescate entre las profundas aguas.

“Pero, Matilde Rivero, nadie te pidió que te metieras en esto”, me dije nuevamente. “Ahora no podés tirarte atrás, si ganas no te faltan”. Sabía que mi vida era eso, un constante ir y venir de sucesos que me llevaban por senderos impredecibles e inciertos. Pero esta vez la propuesta era planificada.

La estación semafórica funcionaba flanqueada por un mástil rescatado en Gorriti. El telégrafo ocupaba una pequeña ventana. Antonio, mi esposo, era el responsable, pero los niños y yo éramos quienes lo ayudábamos. Trabajábamos juntos para que funcionara. Aprendimos el oficio de forma práctica, sin estar titulados.

En el recortado espacio de la casilla de madera y chapa, ocupaba a gran escala una mesa de madera amplia, dos bancos, cuadernos, hojas, tinta y pluma. Allí discurría la vida diaria. Servía el desayuno con leche recién ordeñada, el pan salía calentito del horno temprano por la mañana. Al mediodía almorzábamos pescado o gallina con papas. Cuando levantábamos la mesa, nos trasladábamos hasta la cachimba de agua dulce para lavar las ollas, los platos y los cubiertos hasta que brillaran. Luego descansábamos.

Para mí la siesta era una aventura soñada, pero esta vez no podía apoyar mi cabeza en la almohada, mi corazón saltaba, galopaba, por momentos se detenía, paraba, lo escuchaba y seguía andando. Me dije: “¡Tranquilízate, hiciste cosas más complicadas y no te pasó nada!”.

Recordé esa vez que moví una lancha en la madrugada, no era una lancha cualquiera. No era cualquier misión, era una de las tantas de salvataje de un naufragio que se desplegaban desde mi casa. Adelante avanzaba Toro, el remolcador más sólido de la costa; le seguíamos nosotros. Miraba al cielo y dejaba que las estrellas me guiaran.

La vida quiso que desde niña estuviera rodeada, me dio hijos y ahora me dará alumnos: veinte niños que llegan a mi casa. Hoy es primero de junio de 1896, se funda en esta humilde morada la primera escuela del pueblo de Punta del Este.

Posiblemente estaba nerviosa porque venía a visitarnos don Antonio Camacho, el inspector de Primaria. Tenía que dar de comer a las gallinas, cambiar la vaca, asegurar la lancha, preparar el pan y el café para mañana... Seguramente ser maestra en mi propia casa tiene algo parecido a conducir una barca.



Carmen Rodríguez

La calle que sube el repecho que lleva al centro de Maldonado es angosta y luminosa. Pero más estrecha es la vereda: apenas permite el paso de dos personas; si se entrecruzan, se rozan o se pechan. Lo mismo sucede con las ramas y las flores que cuelgan del muro con ventanas enrejadas de la casona roja.

Esa maravillosa estructura —que por mucho tiempo fue casa de familia numerosa— se mantiene erguida y altiva como un faro en la costa esteña. Desde los muros se manifiestan sin límite aromas y colores que evocan momentos de otras épocas. Todo ello como un velo envolvente sobrevuela en la esquina de las calles Treinta y Tres y Dodera.

La casona está pintada de color rojo púrpura, es esbelta y grandiosa. Dos lámparas flanquean una torre que oficia de fachada memorable, con la prestancia de una gran señora rígida y autoritaria, que atraviesa los vaivenes del tiempo. El aroma a laurel, a pinos y eucaliptus se mezcla con el perfume a flores que transportan a las visitas a viajar desde el 1800 hasta la fecha.

Corría 1860, bajó del barco un marinero trasportando en un cofre maravillosas semillas de plantas, de flores, de hortalizas, todas ellas para ser cultivadas en el predio donde vivía la bulliciosa familia. Con sus manos entregó el tesoro al caballero, quien lo guardó en la carreta y lo entregó a la señora. Fue el resultado de un pedido especial, cuidado con celo en esa incierta travesía atlántica, que finalmente llegó a buen puerto. Las semillas partieron de Inglaterra, embarcaron en Génova, llegaron a San Fernando de Maldonado y allí cobraron vida.

Las flores pintaron y perfumaron el jardín, dando sombra, fruto, abrigo y alimento. Como símbolo inquebrantable del trabajo que perdura, en medio del gran parque de la casona, estaban el aljibe y la carretilla. El aroma a miel, a butiá, a carobá y a rosas rojas y blancas se sostenía como un tul sobre el tejado y se entreveraba en el pasaje de las múltiples puertas.

Doña Carmen Rodríguez sabía bien lo que hacía, con su temple firme y decidido; como buena enfermera, tenía visión. Tenía conciencia de que el aroma de una flor siempre resucita una existencia, sirve para robar un suspiro, para curar una herida, para buscar una lágrima perdida en los intersticios de una memoria muerta o dormida.

Doña Carmen sabía en aquel 1800 y tantos que no solo era necesario tener raíces y frutos. Las flores son la esencia y el alma y en este 2022 ese perfume se detiene y expande, haciendo eco de aquel momento en que le pidió a su esposo, sir Henry Burnett, semillas para la siembra.

El tiempo le dio hijos, nietos, bisnietos y tataranietos. También le dio la certeza de que, después de la lluvia, las flores y las plantas de su jardín bañarían la ciudad de San Fernando de Maldonado con petricor, el más exquisito aroma.



Francisca Otermín

Corría el año 1833, la señora cerró sus ojos y se inclinó levemente sobre el muro de piedras de la plaza, ubicada frente a la iglesia, besó al sapo con la esperanza de que trasmutara y se convirtiera en el caballero al que amaba y admiraba. Mientras tanto, el animal se escondió bajo una raíz, intentando escapar del público donde se develaría el hechizo. Ella se incorporó con prestancia y recogió la falda del vestido de gasa y encaje, bordado con hilos de plata.

Era media tarde, el sol brillaba en la esquina de Sarandí y Florida, punto oeste de la plaza principal de Maldonado. Hasta allí llegaron en procesión sapitos, culebras y lagartos. Le siguieron horneros, ñandúes y un venado.

Mamíferos, reptiles y aves llegaron hasta la esquina y se detuvieron en el punto señalado: la puerta principal de la casona de doña Francisca Otermín. Uno de ellos le cayó especialmente simpático y lo bautizó con el nombre que luego sería recordado: “el sapito de Darwin”.

A ese mismo lugar llegaron muchachos, criadas y hasta indios, quienes descendieron de caballos y carros, portando bolsas pesadas cuyo contenido eran cuadrúpedos, que cambiaron por unas monedas. El olor a humedad que invadía el espacio era rancio. El caballero inglés no dejaba de sorprenderse. Los voluntarios depositaron la carga sobre sus zapatos prolijamente lustrados.

En ese caos sucedieron escenas inverosímiles. Lo peor aconteció cuando intentaron inmovilizar al venado. El animalito aterrorizado dio un salto y corrió desorientado por las polvorientas calles de Maldonado, mezclándose entre los niños que jugaban a la pelota. Finalmente logró desaparecer y dejaron de buscarlo.

Lo ocurrido no inquietó al visitante ilustre, quien siguió adelante con su tarea diaria, la que se desarrollaba a ritmo de gestión de observatorio. A su espalda, se desvanecía la figura esbelta de la escultura del santo de la iglesia, la que, hasta hacía pocos minutos antes, había custodiado el perímetro señalado.

El joven Charles, ensimismado con los animales de distinta especie, tomó notas en su prolijo y gastado libro de viaje, mientras observaba cómo esa mujer bella que había besado al sapo en la puerta de la iglesia se desintegraba en una sustancia oscura carbonizada.

En un suspiro la señora derivó en comadreja alada. Charles la tomó por la cola y mirándola dijo: “¡el origen de la vida!”. Un niño observaba curioso el

escenario, escondido detrás de una palmera, al igual que un ñandú que esperaba turno para ser registrado.

Relato absurdo. Basado en bibliografía sobre la estadía de Charles Darwin en la pensión de doña Francisca Otermín.



La conquistadora María de Sanabria

Obra de teatro ambientada en 1550

Fuente: Diego Bracco, *María de Sanabria. De Sevilla a América del Sur, 1550. La legendaria y fascinante expedición de mujeres al Río de la Plata*. Buenos Aires: Editorial el Ateneo, 1.ª ed., 2009.

Escenario: patio español.

7 personajes.

1. María de Sanabria: Joven de 20 años, nacida en Sevilla, España. María planificó y lideró una expedición que se dirigió al Río de la Plata. Impulsada por su rebeldía y valor, recurrió a su belleza y juventud para escapar al destino que la sociedad de entonces le imponía: el casamiento o el convento. Su propósito era ser una conquistadora. Llevó en su expedición a un centenar de mujeres, muchas de ellas elegidas especialmente para la causa. Su desconfianza en los hombres la llevó a pedirle ayuda a fray Agustín, y convocó a mujeres que pudieran ser incondicionales durante la travesía.

2. Fray Agustín: Sacerdote de 30 años, amigo y confesor de María de Sanabria.

3. Juana Pérez: Joven menor a 20 años, delgada y de pequeña estatura, de cabellos largos, ataviada en ropajes oscuros que cubrían todo su cuerpo. Fue enviada por fray Agustín para que María de Sanabria la reclutara, salvándola de su inevitable condena.

4. Justa Velázquez: Joven de 18 años. Cubierta por una capa, su rostro refleja la tristeza de quien ha sido abusada desde niña. Justa es perseguida por haber sido condenada por envenenar a su victimario.

5. Josefa Díaz: Joven de no más de 20 años, más alta que las anteriores. Deja ver parte de sus formas redondeadas y viste de modo que se adivina el resto. Delgada y de gran belleza, es alegre y extrovertida.

6. Capitán Salazar: hombre viejo.

7. Arcabucero alemán: hombre joven.

ACTO 1

María de Sanabria y fray Agustín se encuentran y dialogan de pie.

MARÍA DE SANABRIA. ¡Me niego a resignarme! ¡No pasaré de la tutela de unos hombres en España al dominio de otros en la mar y luego en el Río de la Plata! ¡Fray Agustín, reverendo! Confesarme quiero, pero hacerlo como si conversara contigo; como si pudiera discutir las inquietudes que hay en mi alma y que también te involucran.

FRAY AGUSTÍN. ¿Tu confesión es para hablar de mí o de ti? *(Risa)*

MARÍA DE SANABRIA. ¿En quién puedo confiar?

FRAY AGUSTÍN. El mundo está lleno de buena gente.

MARÍA DE SANABRIA. Es obvio que no tienes idea de lo que significa estar en las circunstancias de una mujer. Preciso hacer las cosas por mí; alcanzar el mérito de haberlo hecho. Nunca conseguiré hombres que me secunden. Nunca, a menos...

FRAY AGUSTÍN. ¿A menos que...?

MARÍA DE SANABRIA. Excepto si muchas mujeres, tantas que no puedan avasallarme, sean capaces de acompañarme en la travesía. Debe haber, entre las mujeres que conoces, algunas que estén dispuestas a darlo todo y que al mismo tiempo sean de fiar. Preciso mujeres que por una causa justa hayan sido capaces de pasar por encima de todas las leyes humanas. Preciso que rompas conmigo el secreto de confesión.

FRAY AGUSTÍN. No seré yo quien viole el secreto de confesión. Hablaré con las mujeres que buscas. Les diré que vayan a ti y que en ti confíen.

Fray Agustín se retira. María de Sanabria queda sola, pensativa.

Entra en escena Juana Pérez. Su cuerpo está cubierto por gruesas prendas. Solo se ve su rostro y aparece su largo cabello. Saluda con una reverencia. Camina por el patio y hace movimientos ágiles.

JUANA PÉREZ. ¿Confías en mí, María? ¿Tanto como para hacer la travesía hasta el Río de la Plata?

MARÍA DE SANABRIA: Me dijo fray Agustín que no tienes alternativa. Escapas conmigo o te atrapan.

JUANA PÉREZ: ¡Quieta, María! ¡Si en mí confías, quédate quieta! *(Mientras saca de debajo de su falda un puñal de doble filo)*

MARÍA DE SANABRIA: ¿¡Qué haces!?! (grito)

JUANA PÉREZ: Pruebo tu confianza.

Corrió hasta el extremo de la sala y desde allí deslizó su arma, que voló en el aire hasta clavarse en la pared, a un cuarto de la oreja de María.

JUANA PÉREZ: Seré el escudo que te protege.

MARÍA DE SANABRIA: ¡Estás loca, Juana! (grito). Vuelve cuando te indique, partiremos al Río de la Plata.

Juana se retira. María queda sola.

Aparece en escena Justa Velázquez. Está cubierta con una gruesa capa, de capucha y cabizbaja. Saluda con una leve inclinación de cabeza.

MARÍA DE SANABRIA: ¿Por qué vienes?

JUSTA VELÁZQUEZ: Porque lejos de aquí estaré a salvo. Fui juzgada y condenada. Maté a mi padre luego de haber sido abusada durante toda mi infancia. Logré escapar, pero estoy muerta en vida. Si me llevas, prometo no ser un estorbo.

MARÍA DE SANABRIA. Serás de ayuda. Serás de gran utilidad. Podrás comenzar una nueva vida, lejos de lo que te atormenta. Vendrás conmigo. Te esconderé.

Justa se retira. María seca sus lágrimas.

Entra en escena Josefa Díaz. Camina pausada con un andar sensual.

MARÍA DE SANABRIA. ¿Qué buscas?

JOSEFA DÍAZ. Liberarme del pecado. Fray Agustín dice que mis malos pasos me conducen a un destino indeseado.

MARÍA DE SANABRIA. ¿Cuál es tu problema, Josefa? ¿De verdad quieres huir de tu destino?

JOSEFA DÍAZ. Mi destino es amar y ser amada. Me gustan demasiado los hombres. Si los atrapo distraídos, los llevo a mi lecho. No tengo nada, solo este cuerpo torneado. Sin familia y sin recursos, lo único que puedo empeñar para vivir es a mí misma. Quiero escapar y sepultar en la mar la mala fama.

MARÍA DE SANABRIA. Si es así, ¡mañana, al alba, vendrás conmigo! Ven vestida como para empezar una nueva vida.

Mientras se retira, Josefa dirige su mirada a la puerta donde entran en escena dos hombres: el capitán Salazar y el arcabucero alemán.

JOSEFA DÍAZ. ¡Espera, María! ¿Quiénes son esos dos?

MARÍA DE SANABRIA. Uno es el capitán Salazar y el otro es seguramente uno de los hombres que él recluta.

JOSEFA DÍAZ: ¡Qué viejo más falto de sal! ¡Qué joven más apetitoso! Dios te escuche y sean todos como ese, con ese cuerpo en el viaje tendremos la diversión asegurada. (*Carcajada*)

JUAN DE SANABRIA	MENCÍA CALDERÓN
MARÍA DE SANABRIA	MARTÍN SUÁREZ DE TOLEDO Y SAAVEDRA
HERNANDO ARIAS DE SAAVEDRA	JERÓNIMA DE GARAY Y BECERRA CONTRERAS
MIGUEL JERÓNIMO DE CABRERA Y VILLARROEL	MARÍA DE SANABRIA SAAVEDRA Y GARAY
PEDRO LUIS DE CABRERA ARIAS DE SAAVEDRA	TERESA DE CARRANZA CABRERA
MIGUEL JERÓNIMO DE CABRERA Y CARRANZA	LEONOR DE TAPIA HERRERA Y GUZMÁN
IGNACIO JUSTO DE GIBAJA SAAVEDRA	ISABEL DE CABRERA Y HERRERA
ROQUE DE IZAGUIRRE	JOSEFA DE GIBAJA
ANTONIO DE HERRERA Y CABALLERO	MARÍA ISABEL DE IZAGUIRRE
LUIS DE HERRERA E IZAGUIRRE	GERVASIA DE BASAVILVASIO
FRANCISCO JOAQUÍN MUÑOZ	CIPRIANA DE HERRERA
JOSÉ MARÍA MUÑOZ	CAROLINA TRIACA
RUFINO GURMÉNDEZ	LUISA MUÑOZ
AMARO CARVE	LUISA GURMÉNDEZ
JORGE CARVE	POLONIA ANTUÑA
ALVARO PACHECO	SARA CARVE
LUIS PACHECO	ADRIANA SARTORIO
MARÍA CLARA PACHECO SARTORIO	

Nota: Este árbol genealógico confirma el parentesco de la protagonista con la autora y la ilustradora de esta publicación.



Antonia de Jesús y María

María caminaba cerca del monte buscando leña para encender el fuego. Las niñas jugaban, recogían palitos, flores, hierbas y semillas, lo que terminaba en múltiples intentos de construir sus propios juguetes; mientras una le ponía pelos a su muñeca, la otra intentaba construir una carreta con caballo.

La más grande de las hermanas observaba distante con un dejo de tristeza, recordando lo que había quedado en la Villa de San Carlos. María las llamó y les pidió que no se alejaran. Mientras, Antonia de Jesús, su madre, estaba concentrada revisando las monturas de sus caballos para la marcha.

Corría 1808, esa noche el fogón reunía a mujeres, niñas, indios y esclavos. María estaba cubierta por una manta, Antonia llevaba un chal tejido y bordado a la usanza de las mujeres azorianas; mientras escuchaban al general cuando hablaba de su plan tras la gesta libertaria.

María era esclava, pero manejaba con cautela los deseos de su ama. Guardaba con celo el dinero de la estancia que la señora había vendido; ese dinero acompañaría la causa, pero sobre todo debía acompañar la vida de las mujeres en tierras extrañas. Ellas tenían el presente, las niñas dependían de su suerte y de los recursos monetarios que les quedaran. Todo ello en manos de María, el pilar de Antonia de Jesús: mujer libre y revolucionaria.

Antonia era una mujer casada, había huido de su casa acompañada por tres de sus hijas y su esclava. Su marido reclamaba su presencia y el dinero de la venta de su estancia. Planificó su búsqueda y logró ubicarla.

Pasaron décadas, pasaron lunas. En la Villa de San Carlos nadie preguntó nada.

Basado en el libro *La travesía de Antonia (1806-1812)* de Marlene Yacobazzo.



Motivos

Escribo por disposición del destino. La escritura me buscó y me encontró desprevenida, sin saber nada, sin saber siquiera cómo armar oraciones claras, y con escasez de palabras adecuadas. Me encontró en mi casa, encerrada, sin salir a la vereda, en plena cuarentena, “por lo que todos ya sabemos”.

La vida así lo quiso. Me encontró sentada, rodeada de tiempo lento, añorando los momentos de salir a la calle: a encontrar el ruido, el bullicio, los colores, la risa y la rabia de un pueblo gris-celeste, descontento, atávico e incrédulo.

Así me encontró, armando frases y versos, como quien pule una piedra tosca para convertirla en cemento, para que quede bajo tierra y nadie la descubra; como un pasatiempo de niños aburridos o enfermos macilentos.

Me encontró sin rumbo cierto. Muchas voces me conminaron a hacerlo, me pidieron, me suplicaron que escribiera algo bueno; me dijeron que sí tenía madera para ello. Me esforcé en creerlo y lo hice; armé un verso, un poema, un cuento.

Las frases desorganizadas cobraron cuerpo, hablaron, cantaron y bailaron. Primero lo hicieron a un ritmo denso, luego se fueron moviendo, agitando; algunas se volvieron lamentos. Hasta que en un momento cobraron vida propia, enloquecieron. Así nació la osada tarea de realizar una obra, aunque parezca inverosímil. Un cuento, más otro cuento dio lugar a un sueño: un libro nuevo. Algunos lo leyeron, otros lo guardaron en un ropero.

Las historias me persiguen, me encuentran, me tienden trampas, me envuelven y me aprisionan. Como viejas compañeras de colegio voy conviviendo con ellas, las rechazo, las amo, las venero, las elevo. Así va discurriendo la tarea y el gozo de escribir durmiendo; sueño, hablo y cuando despierto tengo un cuento. Voy por la calle y surge un acontecimiento.

Me interno en el puerto a comprar mariscos o pescado y recojo una historia, como lo hace un pescador que recoge la red de su barco y se va a la orilla con la materia prima a cuestas, sin saber la ganancia del encuentro, pero feliz por ello.

Mientras escribo, mi cuerpo se fragmenta y mi alma se integra, en un momento donde las horas no existen, donde el tiempo se detiene en un verso.



Escribiendo:

Recorro segura el terreno de suaves arenas, de perfumados pinos, de flores efímeras y de eucaliptus eternos. Desde una roca observo en el agua el ancla de un puerto. Sumergo confiada un suspiro en el mar. Contemplo el velero del tiempo, leal a su azaroso e impredecible criterio.

Siento el calor del Sol que enlaza y envuelve el océano, grandiosas paredes que forman las olas perpendiculares al cielo, con crestas celesterrojizas. Escucho en la Luna el lamento de lobos marinos, llorando y gimiendo por los barcos muertos, que no llegaron a puerto. Mientras la brisa noctámbula acuna recuerdos, pintando el espejo de sutil suspenso.

Camino pidiendo permiso a los que me precedieron, pisando descalza espuma y arena, pasto y cemento. Con lápiz y cuaderno, aguardo las horas de misteriosos momentos, que se desvelan por un esperanzado reencuentro.

Abrazo un poema y lo nombro: “Extracto de aroma marino”. Lo leo en voz alta, para que se expanda en la brisa que trae el otoño y avisa el invierno. “Dibuja una palabra, arma una frase, pon tu corazón y tendrás un sueño”. Armo una frase de agradecimiento y la elevo al cielo: para que ría, para que cante, para que se haga eco y repita mil veces un sublime momento.

Tallo, pulo y esculpo monumentos, con la gubia entre mis dedos: de lobos marinos, delfines, ballenas y pingüinos. Mientras la tierra besa al cielo, dibujo gaviotas azules que emprenden su vuelo con destino incierto.

Despierto entre páginas blancas repletas de historias, del lugar donde soñaron nuestros ancestros, donde nacieron hijos y hermanos, animales, demonios e insectos. Reedito un fragmento del tiempo, de aquellos que construyeron, en este pedacito de cielo, un espacio para la creación y el encuentro.



Bibliografía

- Bracco, Diego, *María de Sanabria*. Buenos Aires: Editorial El Ateneo, 2009.
- Cairo Sola, Fernando, *Sucedió en Punta del Este... La Batalla del Río de la Plata y otros aportes para la historia del balneario*. Maldonado: Intendencia Municipal de Maldonado, 1994.
- Cairo Sola, Fernando, *Punta del Este: más de 100 veranos*. Montevideo: Torre del Vigía Ediciones, 2007.
- Cairo Sola, Fernando, *Retrospectiva: Crónicas de Maldonado*. 2.^a ed., 2020.
- Cairo Sola, Fernando, *Retrospectiva: Crónicas de San Carlos*.
- Collazo, Marcia, *Te acordarás de mí*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2017.
- Cuitiño, Eduardo, *Las otras caras de Piria*. Montevideo: Fin de Siglo, 2019.
- Fischer, Diego; Silvia Pisani, *Al este de la historia*. Montevideo: Aguilar, 1998.
- Lladó Cabrera, Adela, *Escritos para una historia de Maldonado y apuntes literarios del profesor Alfredo Chiossi Savoia*. Intendencia de Maldonado, Dirección General de Cultura, Centro de Documentación Histórica, Unidad de Patrimonio, 2015.
- Trochon, Yvette, *Punta del Este. El edén oriental*. Montevideo: Fin de Siglo, 2017.
- Varese, Juan Antonio, *De naufrago a pionero*. Montevideo: Editorial Planeta, 2002.
- Yacobazzo, Marlene, *La travesía de Antonia*. Montevideo: Ediciones Cruz del Sur, 2012.

Índice

Presentación.....	3
Ana Gasquén	5
Julia Rodríguez	8
Rosita Garramón.....	11
Juana Fernández.....	13
Carmen Ruiz.....	15
Ángela Portillo.....	17
Matilde Rivero	19
Carmen Rodríguez.....	22
Francisca Otermín	25
La conquistadora María de Sanabria	28
Antonia de Jesús y María	34
Motivos.....	36
Escribiendo:	38
Bibliografía.....	40